

## UN PARRICIDA

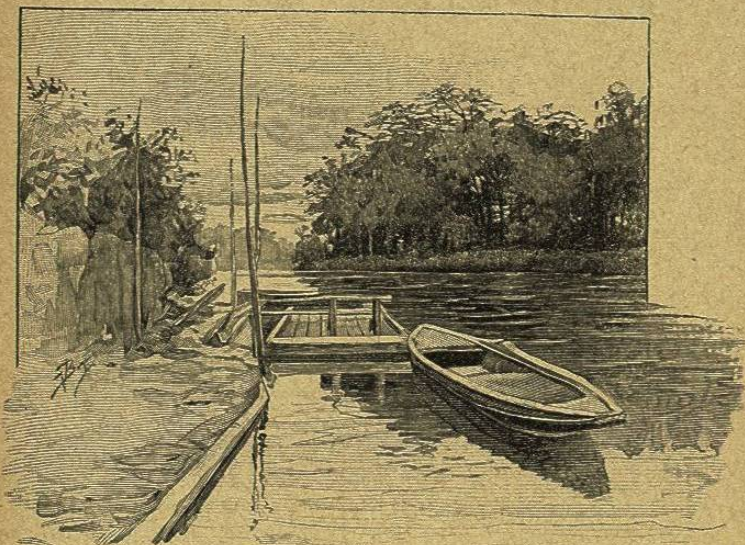
---

EL defensor alegaba la demencia de su cliente.  
¿Cómo explicar de otro modo un crimen tan extraño?

### I

Habían aparecido una mañana en un cañaveral dos cadáveres abrazados, una mujer y un hombre, personas distinguidas y de brillante posición, jóvenes aún y recién casados, ella en segundas nupcias, habiendo permanecido viuda el tiempo justo que marcan las leyes.

No se les conocían enemigos. El móvil del crimen tampoco era el robo. Sin duda los arrojaron al río después de atravesarlos con un estilete.



Las diligencias del proceso no daban luz ninguna. Los barqueros interrogados no habían visto nada; iban á sobreseer la causa, cuando un joven, ebanista de un pueblo cercano, que se llamaba Jorge-Luis, apodado *El Burgués*, presentóse como autor del hecho.

A todas las preguntas dió la siguiente respuesta:

—Conocí al hombre hace dos años; á la mujer hace seis meses. Con frecuencia me llevaban muebles antiguos para que los restaurase.

Y cuando le preguntaron:

—¿Por qué motivo los asesinó?

Limitóse á contestar:

—Los asesiné porque decidí asesinarlos.

Y no hubo manera de arrancarle otras declaraciones.

Aquel mozo era, sin duda, un hijo natural, enviado á casa de una mujer que fué su nodriza luego abandonado. Se llamaba solamente Jorge-Luis, y como se mostraba inteligente, revelando gustos y delicadezas instintivas que le distinguieron de los otros niños, le llamaron *El Burgués*, y por este apodo le conocían. Tenía fama de ser hombre de provecho en su oficio; era también algo tallista; se le tenía por muy exaltado, partidario de las doctrinas comunistas y hasta nihilistas; muy devoto de novelas de aventuras, de relatos y dramas terribles; elector influyente y orador hábil en las reuniones públicas de obreros y campesinos.



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"F. J. REYES"  
1625 MONTERREY, MEXICO



## II

EL defensor alegaba la demencia de su cliente. ¿Cómo si no admitir que un obrero estimable asesinara sin más ni más á dos personas acaudaladas que le favorecían? El acusado confesaba que siempre fueron generosos con él, y sus liquidaciones hacían constar que le dieron en dos años trabajo por valor de 3.000 francos.

Una sola explicación parecía en aquel caso aceptable: la locura, la idea fija del pobre desheredado que se venga en dos burgueses de todos los burgueses; y el abogado hizo entonces una muy hábil alusión al apodo *El Burgués*, dado por el pueblo al niño abandonado, y exclamaba:

—Esta ironía, ¿no debió influir también y exaltar al desdichado mozo que no pudo conocer á sus padres? Ardiente republicano, ¿qué digo?; es más que republicano, porque pertenece al partido que la República fusilaba y deportaba no hace mucho y aho-

ra recibe con los brazos abiertos; á ese partido, para el cual es el incendio un principio y el asesinato un recurso natural, esas tristes doctrinas, proclamadas en reuniones públicas, han perdido á ese hombre. Oyó á los republicanos pedir la sangre de Gambeta; hubo hasta mujeres que peroraban en tal sentido; ¡la sangre de Gambeta, la sangre de Grevy! Su espíritu enfermo se trastornó, y también pedía sangre, sangre de burgués. No debemos condenar á este hombre; debemos condenar al verdadero culpable de sus extravíos: ¡a la Commune!

Oyéronse murmullos de aprobación. Comprendíase que tenía el abogado la opinión de su parte, y el fiscal no replicaba.

Entonces el presidente hizo al acusado la pregunta de costumbre:

—¿Tiene que añadir algo el acusado á la defensa?

El hombre se levantó. Era bajo, muy rubio, con ojos grises, fijos y brillantes. Una voz fuerte, franca y sonora salía de aquel cuerpecito, y cambió muy bruscamente á las primeras palabras el concepto que todos habían formado.

Hablaba con altivez, declamando tan claramente, que la menor palabra se hacía oír en el rincón más apartado.



### III

**S**ENOR presidente: yo no quiero ir á una casa de locos; prefiero la guillotina. Diré la verdad.

»Asiné al hombre y á la mujer, porque eran mis padres.

»Una señora tiene una criatura y la manda á un pueblo, y la entrega á una nodriza. Y es condenado un ser inocente á la miseria implacable, á la vergüenza irredimible de su nacimiento ilegítimo; aún más, á la muerte; porque le abandonan; porque la nodriza, dejando luego de recibir su pensión mensual, puede abandonar al hambre y á la muerte la criatura que le confiaron.

»Pero la mujer que me crió era honrada; más honrada, más generosa, más digna, más madre que mi madre. Y me conservó á su lado, educándome, cumpliendo á fuerza de sacrificios un deber de humanidad. Hizo mal; es mejor dejar morir á los infelices

arrojados á las aldeas desde las capitales, como se arroja la basura al arroyo.

»Crecí con la sensación vaga de mi deshonor. Los niños que jugaban conmigo me llamaron expósito un día, sin saber lo que significaba ese nombre, oído en sus casas á sus padres. Yo tampoco lo sabía, y me hizo daño.

»Era yo entonces—no hay motivo para callarlo—uno de los más inteligentes en la escuela. Hubiera sido un hombre honrado; tal vez un hombre superior, si mis padres no cometieran el crimen de abandonarme.

»Y este crimen se cometió contra mí. Yo era la víctima, y ellos los culpables. Yo estaba indefenso, y ellos eran despiadados y crueles. Obligados á tenerme cariño, me abandonaban.

»Les debía la vida—¿la vida es un regalo que ha de agradecerse?—La mía fué una desventura. Después de su vergonzoso apartamiento, sólo quedaba entre mis padres y yo la venganza. Ellos realizaron contra mí el acto más inhumano, más infame y monstruoso que puede realizarse.

»Un hombre injuriado, maltratado, robado, puede recuperar lo perdido á fuerza de fuerzas. Un hombre burlado, engañado, martirizado, ¡mata!; un hombre abofeteado, ¡mata!; un hombre deshonorado, ¡mata! Yo

fui más robado, más engañado, martirizado, abofeteado moralmente, más deshonrado que todos aquellos á los cuales absolvéis.

»Me vengué; maté: ¡mi derecho era legítimo! He destruído su vida feliz, para cobrarme de la vida horrible que me habían impuesto.

»¿Habr  quien me llame parricida, siendo ellos los que me arrojaron de sí como una carga odiosa, los que me veían con terror, como una infamia, los que me aceptaron como una calamidad, y me ocultaron como una vergüenza? Buscaban placeres egoistas, y viendo sus placeres interrumpidos por una criatura, suprimieron la criatura. Yo,   mi vez, los he suprimido á ellos.

»Y, sin embargo, hace poco tiempo estuve aún decidido   perdonar.

»Hace dos años—ya lo dije—mi padre fué á mi casa por vez primera. Yo estaba ignorante de todo. Encarg me dos muebles. Más tarde supe que se había informado por el cura, encargando el secreto.

»Volvió con frecuencia. Me hacía trabajar bastante, y me pagaba bien. A veces, entreten ase hablando conmigo de cualquier asunto. Yo me aficion    su conversación.

»Al principio de este año, me llevó á su mujer: mi madre. Al entrar la señora temblaba tanto, que la

cre  víctima de una dolencia nerviosa. Luego me pidió una silla y un vaso de agua. No me dijo más; contemplaba los muebles con inquietud y contestaba con monoslabos   las preguntas que le hacía el hombre. Cuando se fueron, la cre  algo perturbada.

»Volvió al cabo de un mes. Estaba más tranquila, más dueña de sí. Aquel día permanecieron mucho rato en mi casa, y me hicieron encargos de consideración. La vi tres veces aún, sin adivinar lo que ocurría. Pero una tarde, la mujer me habló de mi vida y de mi niñez... me pregunt  por mis padres. Yo la dije: «Mis padres, señora, eran unos miserables que me abandonaron.» Entonces ella, llevándose las manos al corazón, cayó desmayada. Yo pens  de pronto: « Es mi madre!» pero no lo d  á entender. Quise aguardar   que hablasen ellos.

»Y me informó de todo. Supe que se habían casado en Julio, y que mi madre había enviudado algún tiempo antes. Murmur base que se amaron en vida del primer marido; pero no había prueba cierta. Era yo la prueba que faltaba; la prueba que primero quisieron ocultar y luego destruir.

»Yo aguardaba. Ella volvió una tarde, siempre con el hombre; volvió, al parecer, muy conmovida; ignoro por qué. Al irse, me dijo: «Estimo   usted, porque le creo un excelente muchacho, muy trabajador»

si no tiene usted novia, es de suponer que pronto la tenga y piense casarse; quiero contribuir á su felicidad, poniéndole ahora en condiciones de elegir libremente á su gusto la compañera de su vida. Yo me casé una vez contra mi gusto, y sé cuánto padecí. No tengo hijos y soy rica, libre, dueña de mi fortuna. Tome usted un dote.

»Y me ofreció un sobre grande lacrado.

»La miré fijamente y dije:

»—¿Usted es mi madre?

»Retrocedió tres pasos, cubriéndose los ojos con las manos para no verme, y el hombre, sosteniéndola, exclamó: «¡Está usted loco!»

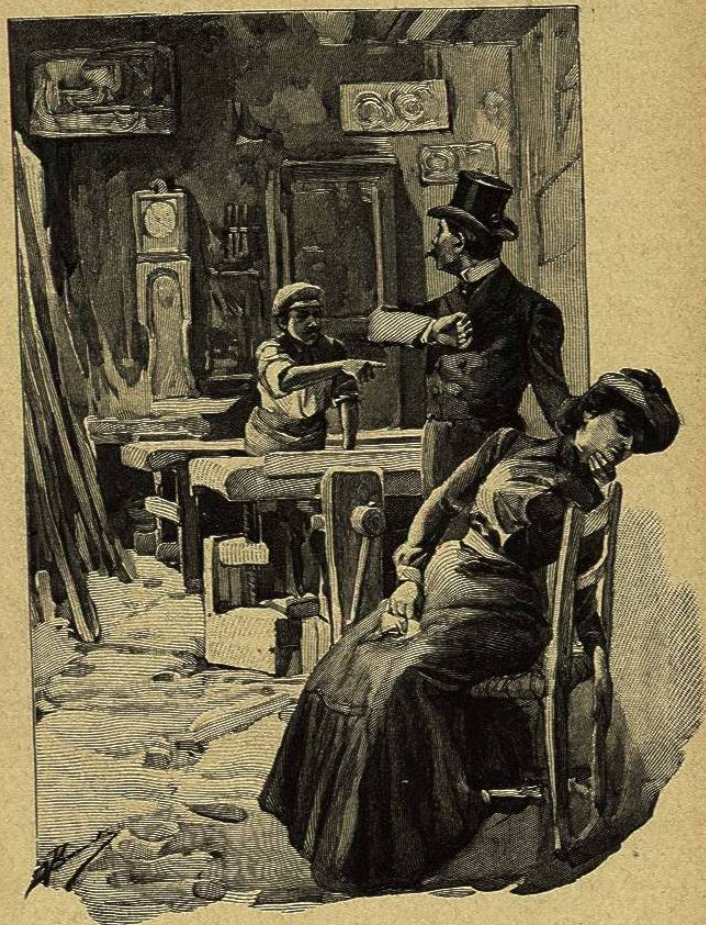
»Entonces le contesté:

»—No estoy loco; sé que son ustedes mis padres... Ya no es posible sostener el engaño. Confíenselo y guardaré el secreto; no les pediré cuentas, y seguiré siendo lo que soy: un ebanista.

»Retrocedió hacia la salida, sosteniendo en sus brazos á la mujer que lloraba. Corrí á cerrar la puerta y guardándome la llave, continué:

»—Mírela cómo llora, cómo teme, y dígame aún que no es mi madre.

»Al oírme se alborotó, palideciendo, aterrado por el escándalo que amenazaba, que podía estallar de pronto, y pensando que su consideración,



su buena fama, su honor, peligraban, balbuceó:

»—Es usted un canalla, que aprovecha una oportunidad favorable para explotarnos. ¡Qué lección recibimos! ¡Haga usted bien, sea usted generoso con esta gentuza! ¡Socórrales! ¡protéjales!

»Mi madre, repetía enloqueciendo:

»—Vámonos, vámonos, vámonos...

»Como la puerta seguía cerrada, el hombre gritó:

»—¡Si no abre usted en seguida, le haré llevar á la cárcel por estafa y violencia!

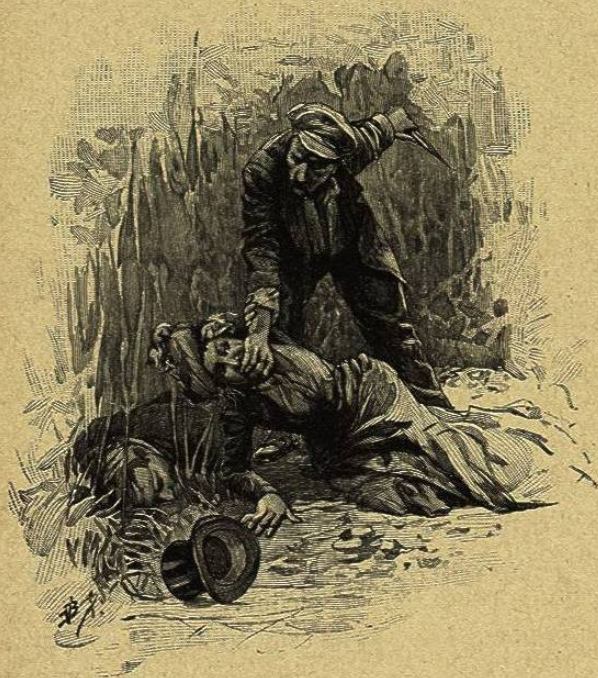
»Yo estaba sereno, tranquilo, dueño de mí. Abriendo la puerta, miré luego cómo se alejaban y se hundían en la sombra de la noche.

»Parecióme de pronto que me quedaba más huérfano, más abandonado que nunca; me sentí arrojado á la calle; una tristeza espantosa, mezclada con odio, con ira, con asco, me invadió; rebelábase y conmoviase todo mi ser; un deseo de justicia, rectitud y honor, me impulsaba. Corrí para encontrarlos hacia la orilla del Sena, siguiendo el camino que conduce á la estación de Chatou.

»Los alcancé. La noche estaba oscura; iba yo á paso de lobo; no podían oirme. Mi madre lloraba; mi padre repetía:

»—Tuya es la culpa. ¡Ese afán de verle! Una insensatez, ocupando la posición que ocupamos. De-

bimos favorecerle desde lejos y sin que nos conociera jamás... No pudiendo reconocerle, ¿á qué obedecían tantas visitas peligrosas?



»Entonces avancé, saliéndoles al encuentro, suplicante:

»—Confiesen ustedes que son mis padres. Me

abandonaron una vez. ¿Me rechazarán ahora?

»El hombre alzó la mano contra mí—lo juro por mi honor, señor presidente—me golpeó, y al cogerle yo por la solapa, sacó un revólver.

»Lo vi todo rojo; la sangre me cegó; no sé lo que hice; llevaba un compás en el bolsillo, y herí, herí; castigué con rabia, como pude.

»Mi madre gritaba: «¡Socorro! ¡Asesino!» arrancándome la barba. Según dicen, la maté como al otro. No sé nada, no supe lo que hacía en aquel momento.

»Viéndolos á los dos en tierra, los arrojé al río, sin reflexionar.

Ahora, que me juzguen los hombres honrados.»

\* \* \*

Volvió á sentarse. Ante aquella revelación, quedó suspenso la sentencia.

Si fuésemos jueces, ¿condenaríamos á semejante parricida?

